

Irreflexiones sobre ingratitud

SILVIA FONG ROBLES

Gratitud: El sentido real del beneficio futuro
Definición francesa.

Podemos tolerar algunos defectos de nuestros semejantes, pero uno que es imperdonable y que a las almas poco indulgentes nos transforma en justicieros vengadores, es la ingratitud; de ella nacen muchos otros vicios así como de la gratitud, como decía Cicerón, germinan las virtudes. Ingratitud, la madre de la deslealtad, de la indiscreción, de la envidia, del oportunismo, del arribismo ojete. Nadie está exento de un ingrato o ingrata, de aquel cuya devoción hacia nosotros los llegaba a convertir, incluso, en nuestro poodle de dos patas parecido a aquel canino que brincaba al lado del bulldog Spike en famosa caricatura (“¿Quieres ser mi amigo, Spike?”). Ya lo afirmaba Quevedo: “Puede haber puñalada sin lisonja, mas pocas veces lisonja sin puñalada”. Por supuesto que entre más generosos seamos con el ingrato potencial es más probable que la traición sea más vertiginosa.



Castañeda



Margret Kohler H.

Los ingratos, por lo general, tienen ciertas características que incluso se han desnudado en la pantalla cinematográfica, cuyo acervo en las tramas de malagradecidos brilla con ciertas obras maestras, algunas de ellas basadas en la Literatura. Se antoja curioso descomponer un poco el espíritu oscuro del ingrato; quizá podamos entenderlo y, si no perdonarlo –acto a lo sumo improbable–, por lo menos regocijarnos de habernos liberado de semejante escoria.

Los ingratos son resentidos

En tanto cierto individuo esté podrido hasta la médula de odio hacia todo y hacia todos, cualquier acto generoso que obtenga no será valorado como tal. El resentido considerará los favores recibidos como una compensación de la vida sobre lo que cree merecer. Frustrado y siempre insatisfecho, el resentido no puede soportar la idea de sentirse en deuda con alguien; supone que ese alguien no es mejor que él y percibe que la ayuda es una dádiva humillante. De ahí que la traición en lo común se dé para regresar la “humillación” al bienhechor.

La mayoría de los más célebres dictadores, así como algunos emperadores romanos, (todos resentidos socia-

les) traicionaron en algún momento de su vida a aquellos quienes los auxiliaron en tiempos difíciles e, incluso, a quienes los apoyaron en su ascenso al poder.

Por antonomasia, El Rey Lear de Shakespeare. Edmundo traiciona a su propio padre, Gloucester, porque nunca pudo ocupar el lugar del legítimo Edgar, mientras Gonerill y Regan, hijas de Lear, hacen lo propio por despojar a Cordelia por la predilección del rey. El resentimiento del bastardo (el que no fue deseado pero se considera superior que su medio hermano por haber nacido por placer y no “en la mediocridad de un lecho consagrado”). En una de las adaptaciones filmicas de la obra de Shakespeare, la naturaleza del ingrato resentido es sobre expuesta: Ran, de Akira Kurosawa, da ímpetu a ese monólogo de Edmundo: “¡He aquí la excelente estupidez del mundo; que, cuando nos hallamos a mal con la Fortuna, lo cual acontece con frecuencia por nuestra propia falta, hacemos culpables de nuestras desgracias al sol, a la luna y a las estrellas; como si fuésemos villanos por necesidad, locos por compulsión celeste; pícaros, ladrones y traidores por el predominio de las esferas; beodos, embusteros y adúlteros por la obediencia forzosa al influjo planetario, y como si siempre que somos malvados fuese por empeño de la voluntad divina! ...”

Los ingratos son soberbios

Otra razón por la que los ingratos fastidian a sus amigos benefactores es la soberbia. Personas pagadas de sí, con un desproporcionado concepto de sí mismas, no aprecian al Otro como similar sino como instrumento y/o herramienta que está ahí para servirlos, halagarlos y cumplir sus deseos.

Con los soberbios, la ingratitud radica en no otorgarle valor a lo que los demás ofrecen y, como por arte de magia, los favores se convierten en obligación para quien los dispensa.

Una desgarradora pero extraordinaria historia que plasma a la perfección la figura del soberbio ingrato es

la de *El Vestidor*, obra teatral de Ronald Harwood, que Peter Yates llevó al cine en 1983 con Albert Finney y Tom Courtenay: Norman, un asistente afeminado de un viejo actor de teatro consagra 40 años de su vida a su cuidado. La devoción hacia el histrión es de tales magnitudes que Norman también era una pieza fundamental para el resto de la compañía teatral. Desde valet hasta tramoyista, cumplía diversas funciones y con paciencia soportaba los desplantes, caprichos y majaderías del arrogante “Sir”, cuyas glorias en el escenario lo habían convertido en una leyenda viva aunque decadente. Luego de 4 décadas de servicio, y después de una representación accidentada, curiosamente, de *El Rey Lear*, Norman se siente desolado cuando Sir muere repentinamente en su camerino; el vestidor encuentra la autobiografía del actor y cuál sería su sorpresa al descubrir, con amargura, que en las páginas de agradecimientos y dedicatorias no existía ni una sola referencia para él.

Un argumento similar sobre la estirpe del ingrato soberbio es el de *El Rey Sol* (2000), película de Gérard Corbiau basada en el libro de Phillippe Beaussant *Le Roi Danse*, sobre la labor de Jean-Baptiste Lully, músico italiano de la corte francesa, quien le escribía partituras a Luis XIV, el fanfarronsísimo Rey Sol, desde que el monarca era niño. El rey, adorador de las artes, era un gran bailarín y Lully dedicó gran parte de su vida en complacer a Luis. Un buen día, cuando el Rey Sol se hartó de su música y de la conducta licenciosa del compositor, simplemente contrató a otro. En contraste, Lully no podía entender cómo sus vehementes afanes por agradar al soberano durante tantos años podían haber sido ignorados de forma tan inhumana y fría. Aún en su lecho de muerte, Lully esperaba con ansia la opinión del rey sobre su última composición, a pesar de que Luis ni siquiera se presenta al recital.

El soberbio ingrato abusa, como se aprecia en la trama de *El Vestidor* o en la de *El Rey Sol*, de las personas que lo aman. A diferencia de los ingratos resentidos,

donde la amistad es traicionada, en el caso de los soberbios la víctima de deslealtad es el sirviente –literal o metafóricamente–, el débil, la figura con altos niveles de apego y dependencia, o el enamorado. ¿Quién no recuerda la crueldad de Lola Lola hacia su explotado amante, el gris maestro Rath, en *El Ángel Azul*, novela de Heinrich Mann adaptada por Josef Von Sternberg en 1930? O el caso muy parecido de *Servidumbre Humana* de Somerset Maugham, también llevada al cine (Bryan Forbes, 1964), donde un joven estudiante de Medicina lisiado redimensiona a la palabra “humillación” al ser presa de Mildred, una hermosa mesera interpretada por Kim Novak, cuyas severas patologías lo empujan cada vez más hacia el fondo del abismo.

El ingrato es adulador

Cuando usted tenga enfrente a un sujeto servil, que se expresa exageradamente sobre sus cualidades reales o imaginarias, que le alaba todos los días desde su indumentaria hasta sus chistes, ¡desconfíe y aleje a esa rata de inmediato! Es común que el adulador lo sea simplemente porque quiere conseguir algo. Por ello, entre los ingratos hay muchos aduladores; la persona que siempre exagera las virtudes de los que tienen en sus manos socorrerlo, los que gozan en convertirse en tapete persa, gato de angora o paño limpia zapatos, son los que comúnmente terminan asestando puñalada trapera una vez que han alcanzado sus fines.

Caso anónimo de oficina: F, por recomendación inocente de un buen amigo, A, contrata a la empleada J. J tenía varios años sin conseguir trabajo y estaba tan desesperada que recurrió al amigo de F para obtener un empleo. A pesar de que la mamá de J se atrevió a hablarle a F para suplicarle la contratación de su hija (elemento suficiente para que cualquiera desistiera), F ignoró el dato y le dio chamba. Casi de inmediato, J se convirtió en la lisonjera asistente de F: todos los días alababa si no su ropa, sus zapatos, su educación, su instrucción, su

carácter, sus ideas, se carcajeaba de sus bromas y demás cosas que hacían que la misma F desconfiara de su subalterna; aún así y por lealtad a su amigo A, apoyó cuanto pudo a J. Sin embargo, J en el fondo odiaba a F, porque finalmente F era la Jefa y tenía un lugar que J difícilmente podría alcanzar fuera de otras artimañas ajenas al talento. Siendo así, y cuando F tuvo un pequeño revés de la fortuna, J sacó las uñas y, tomando como excusa una discrepancia con F, fue a refugiarse con un alto mando llamado M, curiosamente también traidor y adulator, aunque de más jerarquía, y juntos lanzaron acusación a F de "hostigamiento laboral". Finalmente, J logró colocarse en otro lugar dentro de la misma empresa, con más sueldo y mayor nivel.

Claro que la vida es sabia y al ingrato le llega siempre la justicia, si no divina, sí las leyes de la física. Como el agua siempre alcanza su nivel, Edmundo muere asesinado, Sir olvidado, Luis XIV decrépito, Lola Lola vilipendiada, Mildred infectada y J ridiculizada y manoseada.

De ahí que se necesita una buena dosis de humildad y de generosidad para ser grato, además de buena educación ("es de bien nacido ser agradecido", dice mi madre). El reconocimiento de que nadie se basta y se sobra a sí mismo, que necesitamos de los demás y los demás de nosotros. La ausencia de gratitud es, como señalaba Gordon Hinckley, "la marca de una mente estrecha y maleducada". Expresa falta de conocimiento y la ignorancia que otorga la ilusión de autosuficiencia. La ingratitud es en sí misma la expresión más sofisticada del egotismo y al mismo tiempo de la mezquindad.

En cambio, cuando hay gratitud, hay reconocimiento, cortesía y preocupación por los derechos de los otros. Sin apreciar estas cosas, sólo prevalece la arrogancia, la estupidez y el mal.



Javier Anzures